

LECCION XI.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN,
POR MEDIO DE LA FE.

Objeto de la fe. — Misterios en general. — Tres principales misterios. — Señal de la cruz. — Verdades que han de creerse en particular. — Exámen general sobre el Símbolo. — Ventajas y sublimidad del Símbolo. — Historia. — Explicacion circunstanciada del Símbolo. — Artículo primero: sus ventajas. — Artículo segundo: sus ventajas.

Despues de haber dado á conocer la fe en sí misma, réstanos demostrar cuál es su objeto, es decir, cuáles son las verdades que debemos creer.

Le fe, que es la primera de las virtudes teologales, se llama con este nombre porque el mismo Dios es su objeto inmediato. Así pues, Dios, y todas las verdades reveladas por Dios y definidas por la Iglesia, son el objeto de nuestra fe. Pero como entre estas verdades hay algunas superiores á nuestra razon, y que no podemos comprender, se las llama *misterios*. Preguntaréis quizás, ¿os parece racional creer misterios que no se comprenden? Es lo mismo que preguntar 1º. si Dios sabe mas que el hombre, y si puede obligarnos á creer verdades que exceden el alcance de nuestro entendimiento. Para cualquiera que sabe enlazar dos ideas, no es dudosa la respuesta á esta pregunta. Por otra parte, cuando creemos misterios bajo la palabra de Dios, propiamente hablando, no sometemos nuestra *razon*, sino únicamente nuestra *ignorancia*. Nos atenemos al mas vulgar buen sentido que nos dice que las pruebas positivas é invencibles de la Religion deben prevalecer sobre nuestra ignorancia, lo mismo que el astrónomo se atiene á su telescopio para conocer los mundos superiores que el ojo por sí solo no puede alcanzar.

Es lo mismo que preguntar 2º. si debemos creer en alguna cosa. En efecto, todo es misterio encima, debajo, dentro, fuera y en rededor de nosotros, y no comprendemos el *todo* de *nada*. Por ejemplo, ¿comprendeis cómo y por qué el fuego quema, el aire nos hace vivir, y la luz alumbrá? ¿Comprendeis cómo se multiplica el grano de trigo arrojado en la tierra, ó qué es lo que produce en los animales ese instinto maravilloso que los guía? Sin embargo, ¿os ha sucedido jamás, ni á un solo hombre, tener la menor duda sobre todos estos hechos? Los creéis, aunque como yo no los comprendais, ni los comprenda un sabio cualquiera. Pues si es así, hombre débil y altivo, que ni á tí mismo

te comprendes, que ni aun comprendes el grano de arena que piseas, ¡tienes valor de tratar de no admitir sino lo que comprendes! Por todas partes hay misterios en la naturaleza; y añadimos que si no los hubiera en la Religion, esta seria falsa; porque si la Religion es verdadera, procede de Dios. Ahora bien, desde que Dios se digna revelarnos lo que es en sí mismo, lo que ha hecho y lo que quiere hacer por nosotros, es imposible que estas verdades no sean misterios. Un ser infinito no puede ser comprensible para un ser limitado, ni en su naturaleza, ni en sus decretos, ni en su conducta.

Los misterios del Cristianismo, como legítimo objeto de la fe de todo hombre racional, merecen todo su reconocimiento, pues sus beneficios son innumerables é incesantes tanto para la sociedad, como para el individuo. 1º. Han dado un freno para la vana curiosidad de nuestro espíritu, y han puesto al abrigo de su exámen y sus sofismas las verdades que sirven de fundamento á la razon como á la conducta. Dios, al obligarnos á creer ciertos dogmas, dice al espíritu del hombre como al mar: *Llegarás hasta aquí, pero aquí se estrellará tu orgullo*¹. ¿Se dirá que es un mal el que Dios haya dado diques al océano? Así pues, al revelarnos el misterio de un solo Dios, infinito, incomprendible, criador y gobernador del universo, y al imponer la obligacion de creerle, el Cristianismo ha desterrado de la imaginacion de los pueblos la multitud de divinidades extrañas que se creian esparcidas por toda la naturaleza. Al proscribir, pues, la idolatría, ha cercenado los vanos terrores, las supersticiones y los crímenes que le eran inseparables, que la acompañan aun en el día, y que están siempre prontos á renacer en los espíritus débiles.

2º. Los misterios del Cristianismo sirven de base á todas las virtudes. Es cierto que en las falsas religiones ha habido *misterios*; pero lejos de inclinar á los hombres á la virtud, servian de modelo y de alimento al crimen. Los del Cristianismo, por el contrario, excitan á la virtud y fundan la moral, sugiriendo motivos de amor y de reconocimiento hácia Dios, de caridad hácia nuestros hermanos, y de vigilancia sobre nosotros mismos. Vamos á hacer palpable esta verdad poco conocida.

El augusto misterio de la santísima Trinidad es, por ejemplo, el primer objeto de la fe católica. Pues bien, nada hay mas propio para realzar nuestro espíritu que el conocimiento de este dogma fundamental, nada mas propio para inflamar nuestro corazón que las lecciones de sublime moral que de él se desprenden. Hay un Dios, y no hay mas que uno, que es infinito, eterno y todopoderoso; que ha criado y gobierna todo cuanto existe; y hay tres personas en Dios, que son: Padre, Hijo, y Espíritu Santo, que son igualmente Dios,

¹ Job, xxxviii, 11.

pero no forman mas que un solo Dios, no teniendo mas que una misma naturaleza y una misma divinidad. El Padre eterno, criador y moderador del mundo, no procede de nadie.

El Hijo, sabiduría eterna y esplendor de su Padre, procede del Padre solo; es el Hijo de Dios, segunda persona de la santísima Trinidad, y él únicamente se encarnó. En el Hijo de Dios hecho hombre, que se llama Jesucristo, hay dos naturalezas, la divina y la humana, y por consiguiente dos voluntades, la divina y la humana; pero no hay en él mas que una sola persona, la del Hijo de Dios; así como en cada uno de nosotros hay dos naturalezas, la corporal y la espiritual, el cuerpo y el alma, y sin embargo no somos mas que una sola persona. Jesucristo padeció en su cuerpo y en su alma, murió en una cruz para rescatarnos, su cuerpo fué amortajado y puesto en el sepulcro, resucitó al tercer día por su propia virtud, y subió en triunfo al cielo, donde goza el mismo poder que el Padre y el Espíritu Santo, y de donde vendrá al fin de los siglos á juzgar á los vivos y á los muertos.

El Espíritu Santo, tercera persona de la santísima Trinidad, amor sustancial del Padre y del Hijo, procede del uno y del otro. El Espíritu Santo no ha sido hecho ó criado, ni ha sido engendrado, y la fe nos dice únicamente que procede; es el santificador y la vida de nuestra alma, la cual sin él está en un estado de muerte; sin su gracia nada podemos hacer para nuestra salvacion, y no cesa de ayudar á la Iglesia.

Tal es la doctrina de la fe sobre el misterio de la adorable Trinidad y sobre las operaciones atribuidas á cada una de las tres personas. Comprended la importancia y las ventajas de este punto fundamental: quitad del Símbolo católico el dogma de la Trinidad, y se desmorona todo el edificio de la religion cristiana; pero no hay religion fuera del Cristianismo. Luego si la Religion es la base de la sociedad, es preciso deducir que el misterio de la adorable Trinidad, que es el fundamento de la Religion, es el eje del universo.

Y además este punto fundamental de nuestra creencia no se nos presenta como un artículo de fe puramente especulativo, sino como un objeto de admiracion, de amor y de reconocimiento, como el sublime modelo de la sublime caridad que debe reinar entre nosotros y debe llegar hasta la *unidad*. Tal es el deseo del Redentor: Que sean *uno* entre ellos, dice, como tres personas divinas son *uno* entre ellas¹. En efecto, el misterio de la Trinidad nos muestra á Dios siempre de acuerdo consigo mismo, eternamente contento de su propia felicidad, y sin embargo siempre ocupado en nuestra dicha, de que forma el fin único de todos sus designios y de todas sus obras.

¹ JOAN. XVII.

El Padre crió el mundo para su gloria y nuestra felicidad; y no hay una de sus innumerables criaturas que él no haya sometido á nuestro imperio y destinado á nuestros usos ó hasta á nuestros placeres. Despues de haberlo criado, lo conserva y lo rige por medio de las leyes de su suave providencia.

El Hijo, consustancial al Padre, tuvo á bien hacerse fianza del hombre culpable, para sustraerle al justo castigo que habia merecido, y restituirle la felicidad que habia perdido. Para esto se dignó revestirse de nuestra carne y nuestras flaquezas, habitar entre nosotros para servirnos de maestro y de modelo, y dió su vida por nosotros. ¡Oh prodigio de bondad! se da aun todos los días bajo la forma de un alimento familiar, con objeto de unirse mas estrechamente con sus hermanos.

El Espíritu divino, amor esencial del Padre y del Hijo, despues de haber hablado á los hombres por medio de los Profetas, nos fué enviado para ilustrarnos é instruirnos; y comunicado por medio de los Sacramentos, obra en nosotros con su gracia y preside á la enseñanza de la Iglesia. Estas ideas no solamente son grandes y sublimes, sino afectuosas y consoladoras, y elevan el alma y la enternecen. Dios, á pesar de ser todo grande, se ha ocupado de mí desde la eternidad, y todo su ser, por decirlo así, se ha apropiado á mis usos. El hombre, aunque débil y pecador, es, por consiguiente, precioso á Dios, quien no solamente es mi Criador y Maestro, mi bienhechor y Padre en el órden de la naturaleza, sino tambien mi Salvador en el órden de la gracia, mi consolador en mis penas, el amigo íntimo é inseparable de mi alma, y mi recompensa eterna. Me prescribe la virtud, pero me ayuda á practicarla; me ha dado el ejemplo, y me muestra desde lejos el salario. ¿Y es de admirar que esta doctrina haya hecho Santos?

De estas ideas interesantes nacen los sentimientos de humanidad, caridad y fraternidad hácia nuestros semejantes. Á pesar del imperio de las pasiones, estos sentimientos brillan aun en el Cristianismo, y han hecho brotar esa multitud de instituciones útiles de que ninguna otra religion tiene ni siquiera idea. El impío² que preguntaba de qué sirven al mundo y á la sociedad civil el dogma de la Trinidad y los demás misterios del Cristianismo, daba prueba de muy poco juicio y reflexion³.

Acabais de oír la explicacion no solamente del misterio de la santísima Trinidad, sino tambien del misterio de la Encarnacion y de la Redencion, triple fundamento del Cristianismo que es indispensable creer y saber distintamente para salvarse. Nuestro Señor, temiendo

² Rousseau, *Cartas de la Montaña*, pág. 34.

³ Bergier, t. IX, pág. 9.

que alguno de sus hijos llegase á olvidarlos, estableció una señal de uso fácil y habitual que los repite todos los dias al sabio y al ignorante, al niño y al anciano; es la *señal de la cruz*, llamada con razon la señal del cristiano, porque nos distingue de los Judíos, mahometanos é idólatras.

Todos sabemos que la señal de la cruz se puede hacer de dos modos. El primero, haciendo con el pulgar una cruz sobre la frente, la boca y el corazon; así es como la hace el sacerdote y como deben hacerla los fieles durante el augusto sacrificio de la misa cuando se lee el Evangelio. La frente es el sitio del pudor, y se ruboriza cuando experimenta confusion. Se imprime la señal de la cruz sobre la frente para anunciar que no nos ruborizamos de ser cristianos y de hacer sus obras. La boca es la que habla, y se imprime sobre ella la señal de la cruz para demostrar que estamos prontos á confesar la Religion. El corazon es el que quiere y ama, y se imprime sobre él la señal de la cruz para atestiguar que creemos sinceramente y amamos verdaderamente aquello de que hacemos profesion con la boca.

El segundo modo de hacer la señal de la cruz consiste en llevar, primero, la mano á la frente, en seguida sobre el pecho, de allí al hombro izquierdo, y finalmente al derecho, pronunciando estas palabras: *En el nombre del Padre*, etc. Con esto se da á entender que se cree y se adora las tres personas de la santísima Trinidad en la unidad de naturaleza; y la figura de la cruz que formamos sobre nosotros, pronunciando estas palabras, es una muestra de que creemos que el Hijo de Dios se hizo hombre, que murió en una cruz para rescatarnos, que somos uno de sus discípulos, y que renovamos la obligacion rontraída en el Bautismo de servirle con amor y fidelidad. Por eso debemos acompañar siempre esta señal de gran respeto, recogimiento y confianza.

En efecto, la señal de la cruz es omnipotente para alejar al demonio, nuestro enemigo capital, y para atraernos la proteccion de Dios. El demonio fué vencido por la cruz, y aterróse á la vista de este signo. El ángel rebelde corrompió todas las criaturas haciendo de ellas otros tantos lazos para el hombre degenerado, y esta es la razon porque la Iglesia hace la señal de la cruz sobre todo lo que quiere purificar y emplear para sus usos. Este leon rugiente vaga sin cesar en torno nuestro, y hé aquí por qué los primeros cristianos hacian con tanta frecuencia la señal de la cruz: « Hacemos sobre nosotros la señal de » la cruz andando y parados, dice Tertuliano, al entrar y al salir, al » ponernos nuestros vestidos y nuestro calzado, al levantarnos, á la » hora de comer, durante el dia y por la noche¹. » Nada hay mas profundamente filosófico que este uso Instruidos por el ejemplo de

¹ *Corona del soldado*, c. 3.

nuestros padres, debemos, pues, renovar con frecuencia la señal de la cruz, especialmente al levantarnos y al acostarnos, antes de nuestras principales acciones, y en los peligros y tentaciones.

Al trazar con devocion la señal de la cruz sobre nosotros mismos nos hacemos inviolables á los ataques del espíritu corruptor, ó reparamos las brechas que ha hecho en nuestra alma, restableciendo la imágen de la santísima Trinidad á cuya semejanza hemos sido criados. Al formarla sobre las criaturas arrojamos las malignas influencias del demonio, influencias igualmente peligrosas á la salud de nuestra alma y de nuestro cuerpo, y que debemos temer especialmente cuando entramos en comunicacion íntima con las criaturas. De aquí este hecho inexplicable de otro modo, á saber, que todos los pueblos, hasta los gentiles, instruidos por la tradicion, nunca han dejado de hacer oraciones sobre las criaturas en el momento de ponerse en relacion inmediata con ellas por medio de la comida. Así pues, no solamente el reconocimiento hácia el Dios que provee nuestro sustento, sino tambien un conocimiento íntimo de la naturaleza degenerada, nos imponen como un deber la señal de la cruz antes y despues de comer.

Los Apóstoles nos enseñaron la señal de la cruz, y á estos el mismo Jesucristo; así lo atestigua una tradicion constante. Esta señal se ha usado siempre desde los primeros siglos en todas las iglesias del mundo¹; no debe causar, pues, asombro cuando sepamos el poder maravilloso que ha tenido á bien darle el Salvador. Es cierto que la señal de la cruz, hecha con fe y devocion, tiene el poder de arrojar los demonios y obrar milagros; los escritos de los Padres de la Iglesia no dejan sobre esto la menor duda. Hé aquí algunos de sus testimonios. Lactancio² cuenta que estando en Oriente el emperador Maximiliano trataba de saber lo por venir, para lo cual hacia inmolar víctimas, y examinaba sus entrañas para encontrar en ellas indicios de las cosas futuras. Un dia que se entregaba á esta supersticion diabólica, algunos soldados cristianos que se hallaban presentes hicieron sobre su frente la señal inmortal de la cruz, y los demonios emprendieron al instante la fuga, y quedó sin resultado el sacrificio. Los sacerdotes de los ídolos temblaron, y no pudieron descubrir en las entrañas de las víctimas las señales acostumbradas, y aunque inmolaron otras, siempre fué sin ningun éxito.

San Gregorio Nazianceno cuenta el hecho siguiente en su discurso contra Juliano el Apóstata: Juliano bajaba un dia á un santuario sub-

¹ Véase á Tertuliano citado anteriormente; á Lactancio, *Institut. div.* libro IV, c. 26; á san Basilio, *del Espíritu Santo*, c. 25; á san Gregorio de Nisa, *Vida de san Gregorio el Taumaturgo*, t. II, pág. 980; á san Crisóstomo, *Homil. LV, sobre san Mateo*; á san Agustín, *Ciudad de Dios*, lib. XXII, c. 8; á san Ignacio mártir, *Epístola á los Filipenses*.

² *De la muerte de los perseguidores*, c. 10.

terráneo inaccesible á la multitud, y en el cual se temia penetrar. Iba acompañado de un mágico famoso; apenas entró el Emperador, quedó lleno de terror; oyéronse gritos desconocidos y espantosos, una negra humareda invadió el santuario, y se presentaron ante él espectros de fuego. Asombrado de un espectáculo tan nuevo para él, pues era ya de edad madura cuando abrazó la idolatría, recurrió á la señal de la cruz, sirviéndose contra su pavor del arma omnipotente que hubiera querido hacer pedazos. La señal de la cruz mostró su virtud; los demonios huyeron, y se desvaneció el terror de Juliano. Mas hé aquí un nuevo milagro; quiso continuar las sacrilegas supersticiones, y se despertó otra vez su terror y volvieron á aparecer los monstruos infernales. Hizo nuevamente la señal de la cruz, y los demonios espantados se apresuraron á huir segunda vez.

La señal adorable de nuestra redencion tiene una virtud todopoderosa, no solamente para arrojar los demonios, sino tambien para curar las enfermedades y preservar de los peligros que amenazan á nuestro cuerpo. Los Padres de la Iglesia nos dan de ello las pruebas mas auténticas. Un hombre en quien no se sospechará credulidad ó debilidad de espíritu, san Agustín, cuenta que una mujer de Cartago, llamada Inocencia, tenia un cáncer que los médicos habian declarado incurable. Así me lo habia dicho formalmente, continúa el santo Doctor, el médico que la cuidaba y que era íntimo amigo de mi familia. Desesperada de los hombres, aquella mujer puso toda su confianza en Dios, y el Señor se dignó recompensar sus oraciones y su fe. Advirtiéndola en sueños que se presentase en la iglesia la víspera de Pascua, que fuera al bautisterio de las mujeres, y suplicase á la primera que se bautizase que le hiciera sobre su mal la señal de la cruz. Obedeció, y fué al punto curada. Cuando volvió el médico á visitarla, la halló en perfecta salud, y con un asombro superior á toda expresion la suplicó que le dijese cuál era el remedio que habia empleado. Ella le contó el caso con sumo candor. Creia, le dijo el médico, que íbais á decirme alguna cosa extraordinaria. Y añadió un momento despues: ¿Qué hay que asombre en que el Cristo haya curado un cáncer, despues de haber resucitado á un muerto de cuatro dias¹?

Se lee en la vida de san Benito que resolvieron matarle unos malvados, cuyo orgullo y cuyos vicios no podian tolerar la virtud y la santa firmeza del siervo de Dios, y que con este objeto pusieron veneno en el vino, y le presentaron un vaso para que bebiese. Fiel á la práctica de todos los verdaderos cristianos, que nunca toman su alimento sin bendecirlo y dar gracias², Benito hizo la señal de la cruz sobre el vaso, el cual saltó en pedazos.

¹ *Ciudad de Dios*, lib. XXIII, c. 8.

² Porro, cum in mensa sederis, cœperisque frangere panem, ipso ter consignato signo crucis... gratias age. (*Athan. de virginitate...* n. 13.)

San Antonio, retirado en el desierto, sufría con frecuencia de parte de los demonios los mas rudos ataques. Estos espíritus maléficos se le aparecian algunas veces bajo mil formas espantosas; pero el Santo se reía de su impotencia, y para ponerlos en fuga se contentaba con hacer la señal de la cruz. Al enseñar á sus discípulos los medios mas eficaces para rechazar las tentaciones del demonio, les decia: Creedme, Satanás teme las oraciones, los ayunos, la pobreza voluntaria, la misericordia y la humildad, pero sobre todo el ardiente amor hácia Jesucristo. Tan solo la señal de la cruz basta para desarmarle y abuyentarle.

Nada mas fácil que el multiplicar los ejemplos de la eficacia de la señal de la cruz; pero los que acabamos de citar bastan para reanimar nuestra fe é inspirarnos el mas profundo respeto hácia la señal augusta de nuestra salvacion. ¡Desgraciado el cristiano que la hace mal! ¡Baldon para el que se avergüenza de hacerla⁴!

En una reunion bastante numerosa una persona no se atrevió á hacer la señal de la cruz en presencia de un extraño antes de una accion en que acostumbra hacerse. Un sacerdote lleno de celo que lo advirtió hizo que se avergonzase de su cobardía y de su poco amor hácia Jesucristo. ¡Cómo! le dijo, Jesucristo no se avergonzó de morir en la cruz para rescatarle á V., ¿y se avergüenza V. de formar sobre sí la señal augusta de su redencion? Cuidado que si V. se avergüenza de Jesucristo delante de los hombres, no se avergüence él de V. delante de su Padre.

Además de los tres grandes misterios de la Trinidad, de la Encarnacion y de la Redencion, hay otras verdades de que debemos tener una nocion particular y una fe explicita, tales como la inmortalidad de nuestra alma y la eternidad de los premios y castigos. El objeto de la fe comprende tambien todas las verdades reveladas por Dios y definidas por la Iglesia, aunque su nocion clara y distinta no sea tan rigurosamente necesaria como la de los dogmas de que acabamos de hablar. Todas estas verdades, y todas las que estamos obligados á

⁴ Ne ergo Christi crucem erubescamus, sed si quis alius abscondat, tu palam ad frontem obsignato, ut dæmones regium signum intuentes, tremuli procul aufugiant. Signo autem isto utere, tum edens ac bibens, tum sedens ac cubans, de lecto surgens, loquens, ambulans, et ut semel dicam, in omni negotio... Non pudeat igitur nos crucifixum confiteri, sed in fronte confidenter signaculum crucis digitis imprimatur, et in aliis omnibus crux fiat: in panibus comedendis, et in poculis bibendis, et in egressu et ingressu, ante somnum, recumbendo et surgendo, eundo et quietendo. Magna hæc custodia, quæ propter pauperes gratis datur: sine labore propter infirmos, cum à Deo sit hæc gratia signum fidelium, et timor dæmonum: triumphavit enim de illis in hoc signo. Ostenta illud audacter, quando enim viderint crucem recordantur Crucifixi. Metuunt enim qui contrivit capita draconis. Neque propterea quod est gratuitum condemnas hoc signaculum; sed ideo magis venerare benéfactorem. (*Cyril. Hieros. catech. IV, n. 10 et 18.*)

creer y saber en particular, se hallan contenidas, al menos en sustancia, en el Símbolo de los Apóstoles que vamos á explicar.

Durante los cuarenta dias que pasó Nuestro Señor en la tierra con sus Apóstoles despues de su resurreccion, les enseñó á fondo los medios con los cuales los hombres debian unirse á él para participar de su redencion. No se contentó con decirles en general: El que crea se salvará, sino que les enseñó lo que debe creerse, y les encargó que lo anunciasen á todas las naciones. Dóciles los Apóstoles al mandato de su divino Maestro, compusieron un resumen de su doctrina, llamado por esta razon el *Símbolo de los Apóstoles*. Lo redactaron antes de separarse, y se lo llevó cada cual á su mision particular, para que todos los Cristianos no tuviesen mas que una misma creencia, y supiesen desde luego las verdades fundamentales de la Religion ⁴.

Así pues, á decir verdad, no hay en la Iglesia mas que un solo Símbolo, el de los Apóstoles, aunque se cuenten cuatro: el Símbolo de los *Apóstoles* que vamos á explicar; el Símbolo de *Nicea*, que es el mismo de los Apóstoles, al cual añadió el concilio de Nicea celebrado en 325 algunas explicaciones para confundir á los Arrianos que negaban la divinidad de Nuestro Señor. Por ejemplo, en el artículo 2º. el Concilio dice: « Creemos en un solo Señor Jesucristo, Hijo único » de Dios, engendrado del Padre, Dios de Dios, luz de luz, verdadero » Dios de verdadero Dios, engendrado y no hecho, y consustancial al » Padre, por quien todo fué hecho. » El Símbolo de *Constantinopla*, que solo es tambien el de los Apóstoles, desenvuelto contra los Macedonianos que negaban el Espíritu Santo, por el Concilio celebrado

⁴ Hé aquí lo que dice Rufino en su explicacion del Símbolo que se halla entre las obras de san Cipriano: « Symbolum dici potest et indicium et collatio, hoc est quod » plures in unum conferunt. Id enim Apostoli fecerunt in his sermonibus, in unum » confendo quod unusquisque senserit: indicium autem per quod agnosceretur » ille qui Christum vere secundum apostolicas regulas prædicaret. Proinde disces- » suri ad prædicandum, istud unanimitatis et fidei suæ indicium posuerunt, ut si » quis occurreret forte de quo dubitaretur, interrogatus symbolum agnosceretur an » esset hostis an socius: quemadmodum symbola quædam vel secreta verborum » signa militibus ad eos dignoscendos traduntur. »

Similia apud Maximum Taurinensem in homil. de traditione ac expositione Symboli.

Sobre la necesidad del Símbolo, santo Tomás se explica así: « Necessarium fuit » fidei, veritatem in unum colligi, ut facilius posset omnibus proponi, ne aliquis » per ignorantiam fidei à veritate deficeret. Et ab hujusmodi sententiarum fidei » collectione nomen symboli est acceptum... Veritas fidei in sacra Scriptura diffuse » continetur et variis modis et in quibusdam obscure; ita quod ad eliciendum fidei » veritatem ex sacra Scriptura requiratur longum studium et exercitium, ad quod » non possunt pervenire omnes illi quibus necessarium est cognoscere fidei verita- » tem, quorum plerique aliis negotiis occupati, studio vacare non possunt, et ideo » necessarium fuit ut ex sententiis sacre Scripturæ aliquid manifestum summarie » colligeretur, quod quidem non est additum sacre Scripturæ; sed potius ex sacra » Scriptura sumptum. » (*Quæst. 1 de Fide, art. 9.*)

en 381, que dice en el artículo 9º.: « Creemos tambien en el Espíritu » Santo, Señor y vivificador, que es adorado y glorificado con el » Padre y el Hijo. » Las palabras: Que procede del Padre y del Hijo fueron puestas por la Iglesia contra los errores de los Griegos relativos á la procedencia del Espíritu Santo; y lo mismo sucede con estas palabras: Criador de las cosas visibles é invisibles, opuestas á los errores de los Maniqueos. Pero en todo esto no hay adición, sino una explicación. Finalmente, el Símbolo de *san Atanasio*, resumen de la doctrina de este gran defensor de la Iglesia, y que explica admirablemente los misterios de la Trinidad y de la Encarnación.

El Símbolo, compuesto de doce artículos, puede dividirse, segun algunos doctores, en tres partes: La *primera* nos enseña lo que debemos creer del Padre; la *segunda*, lo que debemos creer del Hijo, y la *tercera*, lo que debemos creer del Espíritu Santo. La obra de la creación se atribuye al Padre: *Creo en Dios, Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra*. La obra de la redención se atribuye al Hijo: *Y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, etc.* La obra de la santificación se atribuye al Espíritu Santo: *Creo en el Espíritu Santo, en la santa madre Iglesia, etc.* Aunque se atribuya al Padre la obra de la creación, al Hijo la de la redención, y al Espíritu Santo la de la santificación, estas obras son, sin embargo, comunes á las tres personas.

Segun otros teólogos, el Símbolo se divide solamente en dos partes: la una, compuesta de los ocho primeros artículos, nos enseña á conocer á *Dios, nuestro Padre*, y la otra, compuesta de los cuatro últimos, nos enseña á conocer á la *Iglesia, nuestra madre*.

El Símbolo no solamente nos da de Dios y de la Iglesia esa noción clara y sublime que eleva á tanta altura la inteligencia de los pueblos cristianos, sino que nos instruye además sobre el hombre y sobre el mundo con una precisión que será la desesperación eterna de todos los forjadores de sistemas. En efecto, el Símbolo nos enseña, *sobre el hombre*, que fué criado por Dios, que es libre en sus acciones, y, por consiguiente, que tiene un alma espiritual; que pecó; que Dios lo rescató; que vendrá á pedirle al fin de los siglos cuenta exacta de los medios que le dió de aprovecharse de su redención; que nos unen lazos sagrados de caridad, y no hacen de todos los Cristianos mas que los miembros de un mismo cuerpo; que todos tenemos los medios de conservar nuestra union con el segundo Adán y con nuestros hermanos, ó de restablecerla si llega á romperla el pecado, y que todos resucitarémos para vivir eternamente felices ó desgraciados segun nuestras obras.

El Símbolo nos enseña, *sobre el mundo*, que fué criado por Dios, que está regido por una Providencia universal, suave é infalible, y que tendrá un fin.

Para apreciar todo lo que hay de sublime en la sencillez del Símbolo

bolo católico, adviértase como traza á largos rasgos la historia del hombre y del mundo; adviértase además que cada uno de sus artículos reduce á polvo una multitud de sistemas absurdos, soñados por los filósofos gentiles, sobre Dios, el hombre y el mundo, y renovados con tan poca vergüenza por los filósofos modernos; y finalmente que cada palabra es un rayo de luz que desvanece una parte de las tinieblas en que la razón estaba envuelta desde el pecado original, y la reunión de todos estos rayos luminosos forma el sol de la verdad, ante el cual desaparecen todos los errores, como las sombras de la noche ante el astro del día. Preguntamos á todo hombre de buena fe: ¿es posible hallar nada mas venerable, mas útil, mas sublime y mas consolador que el Símbolo católico? Á él debe el mundo moderno sus creencias, sus luces y sus costumbres. ¡Dígame ahora que los misterios son inútiles, ó que repugnan á la razón!

La verdad del Símbolo católico se da á conocer de tal modo, que, cuando nuestros padres en la fe la oponían á los errores gentílicos, los jueces confundidos ni aun trataban de responder, y se contentaban con emplear la lógica de los tiranos: su boca pronunciaba una sentencia de muerte. Un niño de siete años fué citado ante el magistrado Asclepiades, perseguidor de los Cristianos: «¿Quién eres? le preguntó el juez. — Soy cristiano católico;» y el niño le recitó el Símbolo y todo lo demás que habia aprendido en el Catecismo. Esta ingenua profesión de fe irritó al tirano; sin embargo, moderando exteriormente su furor mandó llamar á la virtuosa madre del tierno héroe, y azotaron en su presencia al niño con tal crueldad que pronto quedó bañado en sangre. Tan horrible espectáculo hizo verter lágrimas á todos los circunstantes. Mientras despedazaban su cuerpo, aquel niño de bendición confesaba á Jesucristo, á quien su digna madre ofrecía el sacrificio de su hijo con una constancia que admiraba á los gentiles. El tierno mártir miró con ternura á su piadosa madre, y le dijo: «Tengo mucha sed;» y ella le respondió: «Hijo mio, ten un poco mas de paciencia y llegarás bien pronto á la fuente de la vida,» y Jesucristo te dará para beber un agua viva que te apagará la sed «para siempre.» Fuera de sí de cólera al ver la firmeza heroica del niño y de la madre, Asclepiades mandó que cortasen la cabeza al jóven atleta que no habia podido vencer. Su madre lo tomó en sus brazos, y le dió un último beso que fué tan tierno como religioso, y devolviéndolo al verdugo, dijo estas palabras del Profeta: *¡La muerte de sus Santos es preciosa delante del Señor!*¹

No basta admirar el Símbolo, es preciso entenderlo: vamos, pues, á explicar sus diferentes artículos. En primer lugar, las verdades contenidas en el Símbolo se llaman artículos, segun una comparación

¹ Prudencio.

empleada con frecuencia por los Padres. Así como los miembros del cuerpo se separan y distinguen por medio de *articulaciones*, del mismo modo se ha dado con mucha exactitud y razón el nombre de *artículos* á las verdades que debemos creer en particular y de un modo distinto en la confesión de la fe.

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra. Lo que hemos dicho de la obra de la creación en la parte I del Catecismo, nos dispensa de extendernos largamente sobre este artículo. Hé aquí su sentido:

Creo. Creer no es lo mismo que pensar, imaginar ó concebir una opinión; creer, en este paraje, quiere decir: Tengo por verdadero, por realmente cierto lo que se contiene en el Símbolo que estoy pronto á firmar con mi sangre. La palabra *creer* se sobrentiende y debe ponerse con el pensamiento delante de cada artículo del Símbolo.

En Dios, y no en los dioses. Esta sola palabra, con la cual profesamos la unidad de Dios, ha pulverizado la idolatría y cambiado la faz del universo. *En Dios;* creer en Dios es creer lo que enseña, y que existe; pero es también confiar en él plenamente sin exámen y sin duda, y tender á él como al soberano bien con todo el poder del alma⁴. Este principio del Símbolo nos da á conocer cuál es la excelencia de la filosofía cristiana que nos eleva desde luego á la mas alta de todas las verdades, para hacernos con ella contemplar todas las demás. Es muy diferente de la filosofía del siglo que, sostenida únicamente por la luz natural, no se eleva sino paulatinamente con el auxilio de los efectos y de las cosas sensibles, y solo despues de largos trabajos llega á reconocer al Autor de todo lo que existe. Sin embargo el conocimiento que la fe nos da es mucho mas pronto, mas cierto y mas puro que si procediera de los argumentos de la ciencia humana².

⁴ De apostolis possumus dicere: credimus Paulo, sed non credimus in Paulum; credimus Petro, sed non credimus in Petrum... quid est ergo credere in eum? Credendo amare, credendo diligere, credendo in eum ire, et ejus membris incorporari. (S. Aug. In Joan. Tract. XXIX, n. 6.)

² Necessarium est homini accipere per modum fidei non solum ea quæ sunt supra rationem, sed etiam ea quæ per rationem cognosci possunt: et hoc propter tria. Primo quidem, ut citius homo ad veritatis divinæ cognitionem perveniat; scientia enim ad quam pertinet probare Deum esse et alia hujusmodi de Deo, ultimo hominibus addiscenda proponitur præsuppositis multis aliis scientiis. Et sic nonnisi post multum tempus vitæ suæ homo ad Dei cognitionem perveniret. Secundo, ut cognitio Dei sit communior: multi enim in studio scientiæ proficere non possunt; vel propter hebetudinem ingenii, vel propter alias occupationes et necessitates temporaliæ vitæ, vel etiam propter torporem addiscendi; qui omnino Dei cognitione fraudarentur, nisi proponeretur eis divina per modum fidei. Tertio, propter certitudinem. Ratio enim humana in rebus divinis est multum deficiens, cujus signum est quia philosophi de rebus humanis naturali investigatione perscrutantes in multis erraverunt et sibi ipsis contraria senserunt. Ut ergo esset indubitata et certa cognitio apud homines de Deo, oportuit quod divina eis per modum fidei traderentur, quasi à Deo dicta qui mentiri non potest. (D. Thom. Quæst. 11 de actu fidei, art. 4.)